

por qué teméis como un escollo las santas obscuridades que son vuestro camino y vuestro remedio?

Vivid, pues, con la fé, Católicos, y empezad purificando vuestro corazón; la inocencia es el origen de los verdaderos talentos: llamad á Jesu-Christo en vuestro interior; con él tenéis todos los tesoros de la doctrina y de la sabiduría: afirmaos en la caridad, este es el unico medio de hallar la verdad: no conocemos á Dios sino quando le amamos: acordaos de que un corazón corrompido no podrá tener una razón sana y pura; que quanto mas os acerqueis á Dios por la gracia, mas participareis de sus luces, mas adelantareis en los caminos de sus mandamientos, mas crecereis de claridad en claridad: finalmente, conoceréis iluminarse mas en vuestro espíritu estas divinas verdades, las que veremos claramente quando seamos semejantes á él, como él se hace hoy semejante á nosotros. Amen.



SERMON DE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR Jesu-Christo.

*Ego in hoc natus sum, & ad hoc veni
in mundum, ut testimonium perhibeam
veritati.*

Para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio á la verdad.

Joan. 18. v. 37.

EL caracter mas esencial del mundo, y la pena mas universal del pecado ha sido siempre la oposicion á la verdad. Desde que el hombre borró de su corazón la ley eterna, que habia gravado en él la mano del Señor al tiempo de su formacion, para iluminarle y guiarle, y substituyó á esta ley divina, nacida con él, sus pasiones y sus tinieblas, se formó entre él y la verdad una oposicion invencible, la que se aumentaba á proporcion que el mundo, cada dia mas corrompido, se alejaba de la pureza de su ori-

gen, y se multiplicaba la malicia de los hombres sobre la tierra.

Es verdad, Católicos, que en medio de las tinieblas, que cubrían la faz del Universo, hacia Dios resplandecer aún de tiempo en tiempo su verdad y su luz: De siglo en siglo parecían algunos hombres justos, enviados desde el cielo para dar testimonio á la verdad, é impedir el que los errores y las pasiones prescribiesen contra ella: Desde la sangre de Abél hasta el Bautista habia el cielo mantenido en la tierra una tradicion continuada de Profetas, de Martires, y de testigos de la verdad; unos habian dado testimonio de la verdad con su sangre, como Abél; otros con su religion, como Enoc; algunos con su inocencia, como Noe; otros con la fé, como Abrahám; Isaac con su obediencia; Job con su paciencia; Moysés con sus prodigios; finalmente, para que el mundano no tuviese excusa, tuvo la verdad en todos los siglos testigos y defensores que se levantaron contra el mundo, y conservaron entre los hombres el deposito de la doctrina y de la verdad, que el mundo, á pesar de sus precauciones, no habia podido extinguir absolutamente en la tierra.

Confieso que esta nube de testigos, como habla el Apostol, que de siglo en siglo habian dado testimonio á la verdad, pudo muy bien condenar al mundo por la verdad, pero no pudieron con ella libertar al mundo; necesitaba, pues, la verdad de un testimonio mayor; era preciso que aquel que es la Sabiduría y la luz del Padre viniese él mismo á darnos testimonio de lo que habia visto; que confirmase su doctrina con su sangre; que su doctrina purgase á la tierra de los errores que hasta entonces la habian infestado; y que Christo crucificado fuese hasta el fin de los siglos el gran testigo de la verdad contra la ceguedad del mundo, y error de sus máximas.

Hoy pues nos ofrece el Misterio de los dolores é igno-

ignominias del Salvador dos espectáculos muy diferentes; por una parte el mundo tan ciego, y tan opuesto á la verdad, que despues de haber despreciado en todos los siglos el testimonio de los Justos, y de los Profetas, desprecia hoy tambien el del mismo Jesu-Christo; por otra Jesu-Christo en la Cruz, hecho el gran testigo de la verdad, para confundir hasta el fin la ceguedad del mundo; esto es, la muerte de Jesu-Christo es la mayor prueba de la oposicion del mundo á la verdad, y el mayor testimonio de la verdad contra el mundo.

¡O Salvador mio! Hasta aqui hemos ofrecido como el mundo un corazon rebelde á la verdad de vuestra doctrina; hemos oido vuestra divina palabra en estos dias de penitencia y de salud, con la misma insensibilidad que Jerusalém os oyó antiguamente durante el tiempo de vuestro ministerio; pero hoy, Señor, que solo habláis con vuestros dolores, y con vuestros oprobrios, que solo os dejais entender con la voz de vuestra sangre; hoy, que puesto en ese trono de ignominia sois el gran testigo de la verdad contra el mundo, no permitais que una instruccion tan nueva y tan penetrante nos halle tambien insensibles: Venimos á poner á los pies de vuestra Cruz unos corazones, que á la verdad están aún llenos de pasiones y afectos injustos, pero dejad que cayga sobre nosotros una sola gota de esa sangre que hoy ofreceis por nosotros á vuestro Padre, y quedaremos purificados; favorecednos como á aquel feliz pecador que espira á vuestro lado, con una mirada de misericordia, y seremos salvos; libradnos por medio de la verdad, de quien sois hoy el gran testigo, y pasaremos de la servidumbre del mundo y del pecado, á la santa libertad de hijos de Dios: Esto es lo que os pedimos postrados á los pies de vuestra Cruz: ¡O Cruz! ave.

PRIMERA PARTE.

Nunca amó el mundo la verdad, porque ésta siempre ha condenado al mundo; los hombres quieren gozar tranquilamente de sus errores y de sus delitos, y como esta falsa tranquilidad solo puede durar mientras permanezcan en su ceguera, qualquiera luz que abra sus ojos á la verdad los ofende y sobresalta.

Por eso los Justos y Profetas que el Señor por su misericordia envió de siglo en siglo á la tierra para que fuesen testigos de la verdad, fueron siempre odiosos á los hombres, y condenados por un mundo, cuyas máximas venian ellos á condenar. Isaías, no obstante la sangre real de que descendia, vió á todo Jerusalém que conspiraba á perderle, y queria apagar en su sangre la verdad que no muere con los Justos que mueren por ella. No fue Jeremias mejor tratado de su pueblo, y las cadenas y prisiones fueron para él el premio de la verdad, cuya recompensa en la tierra es siempre las persecuciones de los malos. Elías no halló en Israel sino corazones rebeldes á la verdad, y apenas pudieron las mas inaccesibles montañas servirle de asilo contra las emboscadas de los impios: finalmente, el mundo, opuesto siempre á la verdad, se ha levantado siempre contra los que le venian á turbar en la pacífica posesion en que estaba de sus errores y de sus máximas.

Con todo eso, es indubitable que en la condenacion y muerte de Jesu-Christo dá hoy el mundo la mayor y mas autorizada prueba de su oposicion á la verdad: esto es, á la verdad de su doctrina, de las Escrituras, de sus milagros, de su inocencia, y de su reyno: explicaré por menor todas estas circunstancias.

Dixe primeramente una oposicion á la verdad de su
Doc.

Doctrina, y el respeto humano es quien forma esta oposicion aún entre sus mismos discipulos; en vano los habia preparado el Salvador para el escandalo de la Cruz, anunciandoles muchas veces que era necesario que Christo padeciese, y entrase así en su gloria; que no debian prometerse el tener parte en su reyno, si no la tenian en la amargura de su caliz; y que son bienaventurados los que padecen y son perseguidos; en vano se reducía toda su doctrina á una preparacion á la Cruz y á los trabajos: Luego que el mundo se declara contra el, luego que se juntan los Sacerdotes, que conspiran los Doctores, que murmura el pueblo, que le desprecia todo Jerusalém, titubean, se desaniman, y ved aquí como el respeto humano, y el temor del mundo los ciega acerca de la verdad de su Doctrina.

En Judas forma un perfido, que hace traycion á su Divino Maestro, y que se junta con sus enemigos para perderle: Este infeliz discipulo, intimidado con la rabia de los principales de Jerusalém contra el Salvador, no se contenta con abandonarle, sino que se encamina á los Principes de los Sacerdotes, y se hace el principal ministro de su zelo y de su furor. ¿Qué me habeis de dar, les dice, y yo os le entregaré? (a) ¿Pero qué puede darte el mundo, infeliz discipulo, que equivalga á lo que vas á perder, y á lo que habias recibido de Christo? ¿Acaso la gloria y estimacion de los hombres? Advierte que tu nombre estaba escrito en el cielo, y vá á ser para siempre el oprobrio y el horror de toda la tierra; el mundo autoriza el vicio, pero en la realidad solo estima á la virtud: ¿Acaso titulos y honores? Advierte, que Christo te habia hecho pastor de su rebaño, columna de su Iglesia, Principe de

(a) *Matth.* 26. v. 15.

de un nuevo pueblo; y el mundo en lugar de estos augustos titulos te destina á los mas viles é infames ministerios. ¡O qué grandes somos quando somos de Christo! ¡Y qué despreciables y entregados á lo mas vil y mas bajo, quando somos esclavos del mundo! ¿Acaso bienes y riquezas? Advierte que Jesu-Christo te había confiado los tesoros del cielo, te había dado toda la tierra, todo era tuyo; y el mundo solo te paga con un vil precio que te hace esperar mucho tiempo, y cuya posesion desde el primer instante te disgusta; el mundo promete mucho, y no dá nada; Jesu-Christo nos dá siempre aún mas de lo que esperamos, y sus dones siempre exceden á sus promesas, ¿qué mas puede darte el mundo? ¿Deleytes verdaderos, y una felicidad durable? Advierte que Jesu-Christo te hubiera dejado la paz del corazon, que es la herencia de sus discipulos, y el solo principio de los verdaderos placeres, y el mundo no te dejará mas que crueles remordimientos, una desesperacion terrible, y todo el peso de tu delito. El mundo guia por los placeres á las amarguras de las pasiones; Jesu-Christo guia por la Cruz á la paz del corazon, y á los placeres sólidos y tranquilos de la inocencia. ¿Qué quereis, pues, que os dé el mundo? Como de él nada se puede esperar, tampoco nada se debe temer.

Pero el temor de los hombres, que fue el primer principio de la perfidia de Judas, lo es tambien de la desercion de los demás discipulos; herido el Pastor, se desparraman las ovejas: Habianle seguido con valor mientras le habian visto dueño de la muerte y de la vida, y atraer á sí á los grandes y al pueblo con el resplandor de sus prodigios; entonces gustaban de ser de aquel pequeño numero de discipulos que él había escogido; no se avergonzaban de ser suyos; se gloriaban de ello en la presencia de los hombres; pero luego que fue preso, atado, y despreciado, se ocultan, no le co-
no-

nocen, les escandaliza su flaqueza, y se desalientan con sus oprobrios, tantas veces anunciados; nunca faltan discipulos á la virtud aplaudida, favorecida, y honrada; pero la virtud despreciada, ó perseguida, no halla quien se atreva á declararse abiertamente por ella.

Aun el mismo Pedro que lejos de los peligros fiaba de su valor, falta en la prueba de una tan peligrosa tentacion. Preguntanle si es discipulo de aquel hombre: *Numquid, & tu ex discipulis es hominis istius? (a)*; Es decir, si es del corto número de aquellos felices hombres á quienes el Padre Celestial había revelado el Mysterio de Jesu-Christo; es decir, si es de aquellos depositarios de su poder á quienes ha confiado las llaves del cielo y del infierno, el poder de caminar sobre las serpientes, y de disponer á su voluntad de toda la naturaleza; es decir, si acaso es de aquellos fundadores de su Evangelio, que van á plantar la fé en medio de las tinieblas de la idolatría, á conquistar todo el Universo, á arruinar los Altares profanos, á confundir todas las sectas, á ilustrar todas las naciones, á hacer callar toda la ciencia de los Filósofos, á sujetar los Cesares, llevar la salud á toda la tierra, y que por ultimo han de parecer en medio de los ayres sobre doce tronos de luz para juzgar á los doce Tribus de Israel; es decir finalmente, si es de aquellos nuevos Ministros de su Sacerdocio, que han de ser los primeros Pastores de su Iglesia, los Pontífices de los verdaderos bienes, los Melchisedech de un nuevo pueblo, los mediadores de una nueva alianza, los reconciliadores de los hombres con Dios, á cuyos pies los Reyes y Principes de la tierra vendrán á baxar sus cabezas, y á poner sus Cetros y sus Coronas? *Numquid*

(a) Joann. 18. v. 17.

quid, & tu ex discipulis es hominis istius? ¿Cobarde discípulo, te avergüenzas de confesar tanta grandeza, tanta gloria, tanta magnificencia? ¿*Numquid, & tu ex discipulis es hominis istius?* ¿Qué locura, avergonzarse en presencia de los hombres del título de discípulo de Jesu-Christo! ¿Tiene el mundo con toda su gloria alguna cosa tan grande, tan alta, tan apreciable, y tan digna de la razón como la verdadera virtud?

Con todo eso no se atreve Pedro á declararse por discípulo del Salvador; le ciega un temor cobarde; declara que no conoce á este hombre: *Non novi hominem.* (a) Finge ignorar hasta el nombre de su Divino Maestro. ¿Cobarde discípulo! Mira que es Jesu-Christo, quien de pescador de peces te hizo pescador de hombres, y que en recompensa de tu barca y de tus redes te constituyó cabeza y Ministro principal de su Iglesia: *Non novi hominem*, no le conoce. Mira que es aquel Hijo de Dios vivo á quien confesaste con tanta generosidad, y por quien habías afirmado tantas veces que estabas pronto á morir: *Non novi hominem*, no quiere conocerle. Mira que es aquel amoroso dueño que te ha honrado con su mas tierna familiaridad, que te ha admitido á sus mas secretos favores, y que te ha distinguido siempre entre los demás discípulos; finge que hasta el nombre ignora: *Non novi hominem.* Mira que es aquel Señor que te mantuvo sobre las olas, á quien obedecía el mar y los vientos, y á quien viste en el Tabor rodeado de tanta gloria é inmortalidad; no le conoce: *Non novi hominem.* Mira, finalmente, que es aquel Christo de quien dieron testimonio todos los profetas; aquel Cordero de Dios, que te había señalado el Bautista, á quien habían figurado

(a) *Matth. 26. v. 72.*

todos los Sacrificios, á quien habían pedido todos vuestros Padres, á quien poco tiempo antes llamaban los hombres, unos Elías, otros Juan Bautista, ó alguno de los Profetas, y á quien tú mismo conociste por hijo y embiado de Dios, en quien solamente se hallaban palabras de vida eterna. Tampoco le conoce: *non novi hominem.* Olvida sus beneficios, sus milagros, su doctrina. ¿Cómo ciega el respeto humano á un corazón flaco y tímido! y quando aun tememos á los hombres, ¿qué fidelidad podemos prometer á Jesu-Christo?

¿Qué flaqueza, Católicos! Temer á vista del mundo quando se obedece á Dios! gloriarse de servir á los Reyes de la tierra, y avergonzarse de servir á quien sirven los mismos Reyes, y de quienes solamente tienen el derecho de reynar! ¿Haber tenido valor para envejecer en el servicio de un mundo miserable, para sufrir sus amarguras, sus inconstancias, sus sujeciones, y sus disgustos, y no tener aliento para consagrar públicamente á Jesu-Christo el resto de una vida mundana, ni para cumplir á vista de los hombres la grandeza de las obligaciones que nos impone, y la nobleza de sus máximas! ¿Qué flaqueza el preciarse de sacrificar al mundo, y muchas veces á unos dueños injustos é inconstantes, su reposo, su salud, su conciencia, y no atreverse á sacrificar á Jesu-Christo los frívolos discursos y vanas censuras del mundo! ¿Oh Dios mio! ¿ha de tener siempre el mundo sequaces declarados de sus pueriles ilusiones, y la sublime sabiduría de vuestra doctrina no ha de hallar mas que discípulos cobardes y tímidos? Flaqueza y temor en los discípulos que les ciega acerca de la verdad de la Doctrina de Jesu-Christo.

En segundo lugar; envidia en los Sacerdotes y Doctores que los ciega acerca de la verdad de las Escrituras. Estas eran las que les citaba muchas veces Jesu-Christo, como el testimonio menos sospechoso de la

verdad de su ministerio. Leed las Escrituras, les decia con frecuencia, ellas os darán testimonio de mí. (a) El Cetro de Judá en poder de un extranjero no les dexa razon de dudar, que ya han llegado los tiempos señalados, y que debe por fin parecer el que ha de ser enviado; los ciegos que ven, los cojos que andan, los pobres que evangelizan, y otras infinitas señales de su ministerio les daban á entender bien claramente que él era de quien habian hablado Isaías y los demás Profetas, quando anunciaban á Christo: pero la envidia que los ciega, vence á la verdad que los ilustra; la gran reputacion de Jesu-Christo, y su zelo contra su hipocresía forma en ellos una ceguedad de envidia, que cierra sus ojos para que no vean nada de quanto deben á la verdad; quanto mas resplandece la santidad de Jesu-Christo, mas se empeora y enciende su injusta pasion; y todos sus pasos son como se sigue.

Primeramente *la mala fé*. ¿Qué hemos de hacer, dicen, porque este hombre hace muchos prodigios, y le sigue todo el pueblo? (b) No pueden disimularse á sí mismos la verdad de sus milagros: *Quia hic homo multa signa facit*. Todos convienen en esto, pero esto mismo es lo que les indispona y los ciega: conocen que su estimacion se disminuye en el pueblo segun se va estableciendo y aumentando la fama de Jesu-Christo. ¿Pues qué hemos de hacer, dicen: *Quid facimus?* Ciegos, y conductores de ciegos, lo que debeis hacer es exclamar con el pueblo, que el Señor ha visitado á Israel, y que ha sido suscitado entre vosotros un gran Profeta. (c) Decirle con el Scriba instruido en el reyno de los cielos: Maestro, nosotros sabemos que sois embiado de Dios, (d) porque nadie puede hacer

(a) Joann. 5. v. 39. (b) Joann. 11. v. 47.

(c) Luc. 7. v. 16. (d) Joann. 3. v. 2.

las obras que vos haceis, si no está Dios con él: *Quid facimus?* Lo que habeis de hacer es decir con el ciego de nacimiento: Señor, nosotros creemos que vos sois el Hijo de Dios. (a) Con la muger de Tyro; Hijo de David, tened misericordia de nosotros: (b) con el justo Simeon: Ya moriremos en paz, pues han visto nuestros ojos la salud de Dios: (c) Con los discipulos; ¿A quién nos podremos encaminar en adelante, pues vos teneis las palabras de vida eterna? (d) A lo menos, finalmente, con los demonios: Sabemos quien sois, ó Santo Dios! (e) ¿*Quid facimus?* ¿Qué habeis de hacer? ¡Ah! Tyro y Sidon en donde nunca se han obrado milagros, pudieran decir ¿qué hemos de hacer? ¿Quién nos manifestará la salud prometida á la tierra? Las Naciones que tantos siglos antes le deseaban, podrian decir, ¿qué hemos de hacer? Hemos esperado la luz, y estamos sumergidos en las tinieblas. Los Reyes y Profetas que tanto habian deseado el verle, pudieran exclamar, ¿qué hemos de hacer, pues tanto tarda en venir? ¿y quién nos dirá el dia de su llegada? Pero vosotros á quienes se ha manifestado la gracia de Dios nuestro Salvador; vosotros, cuyos ojos han tenido la felicidad de ver lo que tantos Profetas habian anunciado; lo que habian deseado tantos justos; lo que habian esperado tantas naciones; lo que tantos siglos antes habia el cielo prometido á la tierra: vosotros, á quienes el Padre Celestial manifestó su Hijo querido, ¿qué teniais que hacer mas que escucharle, y recibir la salud tanto tiempo antes prometida á vuestros Padres?

Y este es el primer paso de una injusta envidia, la mala fé. Disputamos en público á aquellos cuya

va-

(a) Joann. 6. v. 38. (b) Matth. 15. v. 22.

(c) Luc. 2. v. 29. 30. (d) Joann. 6. v. 68.

(e) Marci 1. v. 24.

vacion miramos con envidia, los talentos y qualidades laudables, que en lo interior nos vemos precisados á concederles; aun quando no podamos dar el colorido de vicios á sus virtudes, siempre hallamos en ellas algo que notar. La misma envidia nos alumbra para que veamos lo mas estimable de ellas, y hace que lo despreciemos: quisieramos que el público se declarase contra ellos, quando al mismo tiempo nuestra conciencia, mejor instruida, los justifica. De este modo el gusto que tenemos en ver que otros se engañan en el juicio que de ellos hacen nunca es perfecto, porque no podemos conseguir engañarnos á nosotros mismos.

En segundo lugar *la bajeza*: buscan ellos mismos ocultamente un falso testimonio contra Jesu-Christo, y no pueden hallarle: *Et querebant falsum testimonium contra Jesum, & non invenerunt.* (a) Si le hubieran buscado verdadero, ¡ah! todo hubiera respondido en favor del inocente: El pueblo hubiera exclamado, que Dios nunca dió á los hombres un poder semejante: (b) Tantos muertos resucitados, tantos enfermos curados hubieran protestado que él es la resurreccion y la vida: (c) Tantas pecadoras convertidas hubieran publicado que no se puede resistir á las palabras de gracia y de salud que salen de su boca. (d) Las mismas piedras del Templo hubieran gritado á su modo, que le consumia el zelo de la casa de su Padre. (e) ¡Qué luz, si hubieran querido ver! ¿á cuántas verdades es menester cegarse, y á cuántas baxezas es preciso reducirse, quando uno se ha entregado ya á esta injusta pasion?

Y este es el segundo paso. Los medios de que se

(a) *Matth.* 26. v. 59. 60.

(b) *Matth.* 9. v. 8.

(c) *Joann.* 11. v. 25.

(d) *Luc.* 4. v. 22.

(e) *Joann.* 2. v. 17.

vale la envidia para dañar siempre son secretos, porque siempre son baxos é infames. Nos solemos gloriarnos de otras pasiones: Un ambicioso se alaba de sus pretensiones y esperanzas; un venigativo pone su gloria en hacer ruidosa su venganza; un lascivo se gloria de sus excesos y desordenes: Pero en la envidia hay no se qué baxeza, que aun á nosotros mismos la ocultamos: es pasion de almas viles: es confesar nosotros mismos, en nuestro interior, nuestra inutilidad: es una ceguera que nos cierra los ojos para que nos arrojemos á las mayores indignidades: de todo somos capaces desde el instante que somos enemigos del merito y de la inocencia.

En tercer lugar, *la dureza*. Aquellos Jueces corrompidos entregan el Salvador á la insolencia y al furor de sus criados y Ministros, y la envidia siempre cruel les hace mirar con un inhumano gusto los oprobrios y salivas con que le cubren: El mismo Santuario de la justicia y magestad del Tribunal en que están sentados no puede servir de sagrado á un inocente, contra las afrentas y ultrages. ¡Ah! El Arca de Israel estuvo segura aun en el Templo de Dagon, y el mismo Idololo, cayendo á sus pies, respetó la magestad y la gloria del que residia en ella: y Jesu-Christo, Arca del nuevo Testamento, es hoy ultrajado aun en medio de su Santuario y de sus Ministros, y si se postran á sus pies es para insultarle, y añadir esta burla á sus dolores é ignominias!

¡Qué pocas reliquias de humanidad quedan en un corazon, que despues de haber mirado con envidia y tristeza la prosperidad de su proximo, ve con alegría y complacencia sus desgracias! Tercer paso de esta injusta pasion, *la dureza*. Esta obstina el corazon, y le cierra á todos los pensamientos piadosos y compasivos; miramos con una interior alegría las desgracias.

(1) y

y decadencia de nuestros proximos; no podemos ser felices sino con sus desgracias. En la casa de Amán se respiraba un ayre de júbilo y alegría con solo el espectáculo de las desgracias y del suplicio de Mardocheo: Esta es pasion de un corazon perverso, y no obstante, esto es lo que vemos suceder todos los dias, y esta es la pasion dominante de las Cortes: Esta cruel pasion hace de la Sociedad un teatro terrible, en el que solo parece que se juntan los hombres para despedazarse y destruirse, y en donde el abatimiento de unos sirve de triunfo y de victoria á otros. ¡Qué ceguedad para los Christianos, que siempre deben mirarse como hermanos, y como herederos de unos mismos bienes, y de unas mismas promesas!

Finalmente, en quarto lugar, el sacrificio de los intereses de la patria. No tenemos mas Rey que el Cesar, exclaman: *Nos Regem non habemus, nisi Casarem.* (a) Los que poco antes se gloriaban de que nunca habian sido vasallos ni esclavos de nadie: *Nemini servivimus unquam.* (b) Que detestaban el yugo de los incircuncisos, que tenían el privilegio de ser el pueblo de Dios, y de no tener mas Rey, ni mas Padre que el Señor; que miraban el Cetro de las naciones como una tiranía, y creían que todos los Reyes, y todos los pueblos habian de venir á ser tributarios de Jerusalén, sacrifican esta gloria, estos privilegios que los distinguián de los demás pueblos de la tierra, al cruel gusto de ver perecer á aquel con cuya reputacion les hacía irreconciliables una secreta envidia: *Nos Regem non habemus nisi Casarem.* Renuncian á la gloria de ser el reyno del Señor, á la esperanza de Israel, y á las promesas hechas á sus Padres, con tal que parezca el inocente: O pasion detestable,

(a) Joann. 19. v. 15.

(b) Joann. 8. v. 33.

table, cómo naciste en el corazon del hombre! ¿Es posible que os ha de mover menos la ruina del pueblo y de la patria, que el horroroso deleyte de veros satisfechos?

Sí, Católicos, este es el ultimo paso de la envidia. La religion, el estado, los intereses públicos, la gloria de la patria, todo se sacrifica á la baxeza de su resentimiento; aborrecemos todo lo que favorece á las personas que nos hace odiosas la envidia; si proponen consejos utiles á los pueblos, y al estado, los despreciamos; si ellos se oponen á los injustos y perniciosos, los abrazamos. Esta ciega pasion se introduce hasta en el Santuario de los Reyes, y en el Consejo de los Príncipes; separa á los que debía unir el interés comun, el bien público, y el amor al Principe y á la patria; buscan medios de arruinarse á costa de los negocios y necesidades públicas; mil veces han nacido las comunes desgracias de las envidias particulares; se olvida todo lo que se debe á la patria y á sí mismo; y un corazon inficionado con la envidia nada respeta por sagrado que sea; tal es la oposicion que la envidia de los Sacerdotes pone en su corazon á las promesas y á la verdad de las Escrituras.

En tercer lugar; furiosa la ingratitud pone en el pueblo una oposicion insensata á la verdad de los milagros del Salvador; habiendo sido testigos de tantos prodigios como habia obrado en su presencia, le seguían en tropel con sus discipulos; poco antes le habian tambien acompañado, quando entró triunfante en Jerusalén, haciendo resonar los ayres con aclamaciones y alabanzas, y cubriendo el camino con ramos de oliva, como señalando los trofeos al Rey pacifico, que venía á traer la paz y la salud á Sion: Con todo eso, este mismo pueblo enfurecido se declara hoy contra Jesu-Christo; huye de él como de un sedicioso, y pide á Pilatos su